

# Los Contemporáneos

VZAVIENDO DVM

536



## EN FAMILIA

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE

ALBERTO INSUA

Y

A. HERNÁNDEZ CATÁ

Número extraordinario

Ayuntamiento de Madrid

15 Cents.



# PILOSUBLIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)  
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



—Al ver estos ojos y esta linda cara  
pienso en ser tu siervo  
y tú mi tirana,  
y echarme a la calle gritando: ¡Morena!  
quiero ser esclavo  
de tu hermosura.

—Pues, mi linda cara  
la tiene quien usa

los polvos y crema y jabón PECA CURA.  
Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color  
moreno (siete matices) rosa o blanco,  
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-  
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.  
PEDID las lociones y esencias para el pa-  
ñuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE,  
Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, Rosa, Ma-  
tinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo,  
VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN  
IGUALES por su finura, intensidad y per-  
sistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lo-  
ciones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas  
creaciones de

**CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA**

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Ligereza, solido y economía.

Precio filo. 12. CAPELLANES. 12. Precio filo

## UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los  
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-  
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,  
asma, neuralgias y enfermedades nerviosas,  
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-  
rativa, de resultados sorprendentes, que una  
casualidad le hizo conocer.—Curada perso-  
nalmente, así como numerosos enfermos, des-  
pués de usar en vano todos los medicamentos  
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno  
y como deber de conciencia, hace esta indi-  
cación, cuyo propósito puramente humanita-  
rio, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-  
se únicamente por escrito a D.<sup>a</sup> Carmen T.  
García, Salmerón, 167.—Barcelona.

### OBRAS

## de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración  
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía  
Idilio trágico.  
Siervo y tirano.  
Los hijos.

Donde hubo fue-  
po...  
La ley de Malthus  
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-  
neos» que deseen adquirir alguna, la  
recibirán franca de porte enviando  
a esta administración, por cada to-  
mo que soliciten, 8 pesetas en sobre  
monedero, giro postal u otro medio  
análogo.



DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEBILLA

## EN FAMILIA

### ACTO PRIMERO

Comedor en casa de DON RICARDO CARIDAD. Es casa propia; una de las mejores de Villanosa del Miño, pueblo del Noroeste de España. Al fondo del comedor hay una galería de cristales y, colgada en ella, la jaula de un loro. En las puertas, cortinas de canutillos de bambú, separados por cuentas de vidrio. Hay dos ampliaciones de retratos emparejadas en un muro. En el frontero se apoya el aparador, bien nutrido de loza, y queda todavía sitio para tres cromos que representan escenas de caza, y varios platos con paisajes al óleo. Todo es limpio, ordenado, cual conviene a un matrimonio cincuentón y sin hijos. La mesa ocupa el centro de la escena; es vieja, de roble. Principia el verano.

CARMIÑA, muchacha de diez y nueve años, está concluyendo de poner la mesa. Es sobrina de los dueños de la casa, recogida por ellos; su posición es más de criada que de señorita. A pesar de sus ropas burdas, se ve que es bella y fina. La tía GENOVEVA está en la galería, mirando hacia la calle. De vez en cuando se vuelve para hablar con Carmiña.

GENOVEVA.—¿Pusiste los cubiertos de plata?

CARMIÑA.—Sí, señora.

GENOVEVA.—Y Eloísa, ¿trajo por fin el menú?

CARMIÑA.—Dijo que lo traería después, porque no se acordaba si la perdiz asada se escribía con e muda o no. Yo le dije que si era muda, daba lo mismo... Creo que iba a mandar a preguntar a la madre superiora. (Pequeño silencio.)

GENOVEVA.—Tus padres saben que llega hoy, ¿verdad?

CARMIÑA.—El tío se lo debe de haber dicho.

GENOVEVA.—Creí que habían estado aquí antes.

CARMIÑA.—Sí; pero no pude hablarles. ¡Había tanto que hacer!

GENOVEVA.—No te olvides de mullir el colchón y de orear bien las sábanas; no vayan a olerle a membrillo. Tu tío dice que esos cortesanos en todo se fijan y de todo se rien.

CARMIÑA.—Sí, tía; está hecho ya.

GENOVEVA.—Bien. (Sale por la segunda puerta de la izquierda. Entra por la derecha Eloísa. Es el calco de una señorita de gran ciudad. Sus actitudes tienen siempre un pequeño exceso de corrección que basta para hacerla antipática. Viste con esmero y se nota que hoy estuvo en el tocador más que de ordinario.)

ELOÍSA.—¿Se fueron ya?... ¡Hola!... Habíamos quedado en que la tía Genoveva no iría a esperarlo, y...

CARMIÑA.—Buenos días... Tía Genoveva está ahí.

GENOVEVA (Entrando por la segunda puerta de la izquierda).—¡Ah! ¿eres tú?... Ricardo acaba de salir en busca de tu padre, para ir juntos a recibir al viajero.

ELOÍSA.—Aquí traigo el menú: lo



copió el escribiente de papá con letra gótica; pero yo no sé... En todos los hoteles está siempre escrito con mala letra... ¿Qué le parece a usted?

GENOVEVA.—Bien está así... (*Dando a Carmiña la cartulina.*) Toma Carmiña. (*A Eloísa.*) La diligencia debe de estar al llegar.

ELOÍSA.—También es tener mala suerte. Seis meses más, y hubiera podido venir en el tren.

GENOVEVA.—Como en el otoño tiene que irse... Mi sobrino Julio no debe ser de nuestra cepa. Nunca había hecho nada sino gastar dinero a su padre y darle disgustos, y, de pronto, después de una enfermedad, le da la ventolera de estudiar, gana una plaza de vicecónsul no sé en dónde, y...

ELOÍSA.—Ya no es tan joven. ¿no es eso?

GENOVEVA.—Un muchacho: de veintinueve años.

ELOÍSA.—Yo creía...

GENOVEVA.—Para mi hermano será una tranquilidad que se vaya, a ver si los aires de fuera... Le dió el sarampión del socialismo, y llegó hasta hablar en mitins; suponte tú... ¡Una vergüenza!

ELOÍSA.—¡Ya!

GENOVEVA.—Cansados estábamos de invitarlo a venir un verano; pero él es así: cuando menos se le espera... Dice que no quiere irse de España sin conocer su pueblo. Sabe Dios qué arrechucho.

ELOÍSA.—Por supuesto, que viniendo de Madrid, esto va a parecerle un arrabal.

GENOVEVA.—Con hacer de nuevo la maleta... Quince días se pasan bien en cualquier parte.

ELOÍSA.—Y usted, ¿No lo conoce, Carmiña?

CARMIÑA (*Sin dejar de trabajar.*)—No. Cuando yo nací, los tíos se iban ya a marchar para Madrid.

GENOVEVA.—Nosotros estábamos en Manila desde hacía cinco años.

CARMIÑA.—La mamá del primo Ju-

lio fué mi madrina. Yo no la conozco, pero la quiero mucho; cada vez que escribe a los tíos, me manda recuerdos.

GENOVEVA (*Yendo a la galería.*)—Malo será que el mayoral haya hecho una de las suyas. ¡Tiene un vinazo!

ELOÍSA (*Fijándose en la mesa que concluye de poner Carmiña.*)—¿Pero qué flores ha puesto usted, Carmiña?

CARMIÑA.—Amapolas. ¿Es que no están bien?

ELOÍSA.—No; ¡qué han de estar!... Menuda plancha. Se ponen rosas de té y florecitas, según la moda.

CARMIÑA.—¡Ah!...

GENOVEVA.—Claro, mujer.

ELOÍSA.—Y no se colocan así tampoco... Voy a coger un manojo a la huerta, y yo misma las colocaré... Si los ven venir, denme un grito desde la ventana.

GENOVEVA.—Aún tardan sus buenos diez minutos. (*Eloísa sale por la izquierda.*)

CARMIÑA.—Yo no sé por qué se empeña Eloísa en que no le ha de gustar el pueblo...

GENOVEVA.—Cuando ella lo dice...

CARMIÑA.—Si fuera de aquí como nosotros...

GENOVEVA.—No vamos a hacer creer a la gente que esto es una ciudad como Nautilia...

CARMIÑA.—Bien que lo sé; pero yo he oído decir que al fin el pueblo donde uno ha nacido, y donde tiene enterrados a todos los abuelos, tira mucho y no se cambiaría por otro mejor... Ya ve usted; ¿qué necesidad tenía el primo de venir, si no fuera por eso?

GENOVEVA.—Si tu tío y yo no estuviéramos aquí...

CARMIÑA.—Sí, eso sí; puede que entonces no hubiera venido.

GENOVEVA.—Y habrá querido también ver su casona, y a tu padre, y a la tía Eusebia, que son hermanos del abuelo Bianor... ¡Dios sabe! De todos modos, yo quisiera hacerte una advertencia, Carmiña.



CARMIÑA.—Usted dirá, tía.

GENOVEVA.—No es que yo esté descontenta de ti, ¿sabes? Nada de eso... Siempre has sido sumisa y has sabido respetarnos mercediendo lo que hacemos contigo; pero...

CARMIÑA (*Ya asustada*).—¿Es que he hecho algo que ustedes han encontrado mal? Habrá sido sin querer, tía; yo...

GENOVEVA.—No; no...

CARMIÑA.—Ya sabe usted que lo de Hermenegildo fué caridad pura, de verlo despreciado de todos; además, que porque él pensase en mí, no había yo de pensar en él; le juro a usted que no puede decir que le diera esperanza ninguna, y desde que usted me regañó no he vuelto a mirarle.

GENOVEVA.—Si no es que hayas hecho nada.

CARMIÑA.—Me tiene con el alma en un hilo, tía Genoveva.

GENOVEVA.—Claro que tú eres nuestra sobrina, que en esta casa tu lugar es tu lugar, pero...

CARMIÑA.—¿Ha creído tío Ricardo que trataba de propasarme?

GENOVEVA.—Pero si no me dejas hablar.

CARMIÑA (*Acongojada*).—¡Si supieran cuánto me apena pensar que no correspondo como debo...! A veces, con sólo ver al tío, o a usted serios, ya no duermo en toda la noche, y me estoy piensa que te piensa. ¡Si soy más torpe!...

GENOVEVA.—¡Ea, no hagas pucherros! No se te puede hablar.

CARMIÑA.—Diga lo que sea, tía.

GENOVEVA.—No, si has de tener una llantina, más vale dejarlo.

GENOVEVA.—Sí, diga: ya ve que no lloro, y aunque llore, no me haga caso. Es sólo por llorar.

GENOVEVA.—He preferido hablarte, porque al cabo tú y yo nos entendemos: somos dos mujeres, eres mi sobrina... No has de ofenderte por lo que te voy a decir.

CARMIÑA.—¡Ofenderme yo!...

GENOVEVA.—Tú a veces olvidas ciertas cosas, hija... Ya ves, a Eloísa la tienes entreojos y la tratas con demasiada confianza, como no te corresponde.

CARMIÑA.—¡Oh, yo!...

GENOVEVA.—No se puede prescindir en el mundo de ciertas cosas. El juez nada me ha dicho; pero yo sé que cuando le hablas así a su hija, le disgusta.

CARMIÑA.—Es ella quien...

GENOVEVA.—Ella es ella y tú eres tú; ahí está la cuestión... Figúrate si en resumidas cuentas no estaremos al lado tuyo...; pero no se pueden saltar así las categorías. Eres muy joven y con frecuencia te olvidas de que lo mejor es guardar cada uno su puesto. Por eso he creído prudente advertirte; óyeme.

CARM.—Ya la escucho, tía. (*Ilora*.)

GENOVEVA.—¿Ves como no se te puede decir nada?

CARMIÑA.—Pero si ya le he dicho que es por llorar... casi de alegría. ¡Cómo no he de agradecerle que me advierta!...

GENOVEVA.—La familia de Madrid, Carmiña, acaso no sea como nosotros. Mi hermano casó con mujer rica, medró en política, y no ha vuelto jamás por el pueblo, tú lo sabes. Aunque en sus cartas parece igual que antes, yo sé que algo ha cambiado y me temo que su hijo pueda tener el orgullo que no tenemos nosotros.

CARMIÑA.—¿Le parece a usted que yo me vaya con los padres mientras él está aquí? Usted no tiene más que mandar. (*Hace ademán de marcharse*.)

GENOVEVA.—No es para tanto... ¡Eres una pólvora!... Lo que se trata es de que guardes cierta distancia. ¿Comprendes? Bien sabemos que tú no has de andar con "Primo Julio" por aquí y "Primo Julio" por allá, de modo que él se piense que eres una atrevida; bien sabemos que no se te ha de ocurrir ni tutearlo, ni tratarlo de igual a igual.



CARMIÑA.—¡Cómo se me había de ocurrir!

GENOVEVA.—Pues eso es todo... Ya ves cómo no se trataba de un regaño.

CARMIÑA.—Sí, descuide usted; por mí...

GENOVEVA.—Si todos los parientes fueran como tú, estaríamos tranquilos. Tememos que, llenos de buena voluntad, claro, pero no sabiendo cómo debe tratarse, vayan a resultar empalagosos. La tía Eusebia, tus padres...

CARMIÑA.—¿Ve usted? Ya estoy sobre ascuas... ¿Por qué no me lo dijo usted antes? Los padres van a irlo a esperar a la diligencia y tal vez no esté bien. ¿Si hubiera tiempo de irles a avisar!

GENOVEVA (*Corriendo hacia la galería.*)—Calla... ¿Has oído? Corre a avisar a Eloísa. Ya suben. (*Carminia sale por la segunda puerta de la izquierda y entran por el fondo DON RICARDO, el JUEZ y JULIO seguidos de un mozo que deja en el suelo dos grandes maletas y sale. Don Ricardo es hombre maduro, satisfecho de vivir y con maneras autoritarias, que encubre apenas su corteza. El Juez, su amigo íntimo, es un don Ricardo con menos años y en funciones. Julio frisa con los treinta; es el hombre que acaba de obtener una victoria sobre sí mismo, y cuya alegría se manifiesta en sus ademanes, seguros como sus palabras, y en la ausencia de su afectación.*)

JULIO.—¡Tía, querida tía!

GENOVEVA (*Abrazándolo.*) — Al fin viniste, ¿eh? ¡Vaya con el mozo que nos ha salido! ¿Y tu padre? No te pareces a él, eres más alto... ¿Quedaron todos bien?...

JULIO.—Sí... Usted hecha una moza, no se queje.

GENOVEVA. — ¡Quita allá! ¡Te ha fatigado mucho el viaje?

JULIO.—¡Quiá!

ROBLEDO (*Enfático.*) — Un escarnio de la civilización esa diligencia; un ludibrio para España... Por fortuna dentro de seis meses...

RICARDO.—Habría que dejar el pueblo si no.

JULIO.—Ustedes, porque están cansados; pero lo que es a mí... Siquiera en la diligencia ve uno el país y no come uno humo... Esta parte de la provincia es un jardín... Para mí ha sido delicioso.

ROBLEDO.—¡Usted qué ha de decir! Ya se conoce que es usted cortesano...

JULIO.—No, no; de veras.

ROBLEDO.—Siquiera el humo sabe a civilización, amigo mío; mientras que ese maldito polvo de la carretera...

GENOVEVA (*A Don Ricardo.*)—Qué muchacho, ¿eh?

DON RICARDO.—Famoso.

JULIO.—Si la diligencia debe de ser buena hasta para la digestión. Ya verán cómo cuando tengan el tren la echan de menos.

GENOVEVA.—Tú querrás lavarte.

JULIO.—Sí; un chapuzón no vendrá de más. Lo que traigo es un hambre...

DON RICARDO. — Santa palabra... Supongo que comeremos en seguida.

GENOVEVA. — Sí. Todo estará listo cuando bajéis.

ROBLEDO.—Y después lo llevaremos a ver la parte nueva del pueblo. No crea usted que Villanoa del Miño se ha estancado en la barbarie. La parte nueva merece verse.

DON RICARDO.—Vamos a tu cuarto. Un momento, Juez. (*Van a salir por la izquierda cuando entra Eloísa por la segunda puerta de la izquierda, trayendo flores. Julio hace un movimiento hacia ella, con los brazos tendidos.*)

JULIO.—Carmi...

GENOVEVA (*Interrumpiéndole vivamente.*) — ¡No! La señorita Eloísa Robledo, hija del Juez.

ELOÍSA.—Tanto gusto... Estoy encantada.

JULIO.—A sus pies.

DON RICARDO.—Una de las señoritas más ilustradas.

GENOVEVA. — Y mujer de su casa como pocas: como no habrá en Madrid.



ROBLEDO.—¿Usted qué ha de decir, señora? Claro que con mis ideas he procurado educarla, ponerla al nivel del siglo...

ELOISA.—¡Papá!...

ROBLEDO.—Ahí donde la ve usted, toca el piano como una verdadera máquina, borda y habla el francés lo mismo que un gabacho... (*Carmina entra, recoge una de las maletas y sale por la segunda puerta de la izquierda.*)

JULIO.—Caramba... La felicito a usted.

GENOVEVA.—Una joya... ya la conocerás... Ha completado sus estudios en un convento que pusieron aquí las pobres madrecitas expulsadas de Francia.

DON RICARDO.—Un convento magnífico. Con la iglesia nueva y el casino es lo mejor del pueblo.

ROBLEDO.—Y no crea usted, amigo, yo—ya lo habrá usted notado—soy republicano, y en lo de progresista desafío a que haya quien me eche la pata delante; pero no se puede andar a pie sin haber ido a gatas, y en una mujer siempre sientan bien ciertos principios. (*Carmina entra, recoge la segunda maleta y sale por la segunda puerta de la izquierda.*) ¡Ah, si en vez de ésta hubiera yo tenido un varón!...

ELOISA.—Papá, que este caballero querrá pasar a su alcoba. Ya tendrás tiempo...

JULIO.—¡Oh, por mí!...

ROBLEDO.—Siempre estás en todo, mujer... (*A Julio.*) Usted disculpe; pero estas discusiones sobre temas elevados me hacen olvidar todo. Como dice la niña muy bien, ya tendremos tiempo... Vaya usted.

JULIO.—Pues, con permiso de ustedes... ¿Me lleva usted, tío?

DON RICARDO.—Por aquí... Vamos. (*A doña Genoveva.*) Haz que suban agua caliente. (*Salen don Ricardo y Julio por la primera puerta de la izquierda. En seguida entra Carmina.*)

ROBLEDO.—Un gran mozo y muy inteligente... Reciba usted mis parabienes, señora.

GENOVEVA.—Realmente, no se puede negar...

ELOISA.—Y finísimo; ya se nota la educación.

CARMINA.—Tome usted las flores. Corté unas pocas más, como me dijo.

ELOISA.—Gracias. Venga para que aprenda. (*Colocando flores en la mesa.*) ¿Ves? Así, formando un camino, no apelonadas como antes... Así... ¿No están mejor?

CARMINA.—Haciéndolo usted...

GENOVEVA.—¿A que se te olvidó llevar el agua caliente?

CARMINA.—Ya estaba allí cuando subieron, tía.

GENOVEVA.—Bien. Ve a la cocina a vigilar. Ya sabes en el orden que ha de servirse; recuérdaselo otra vez a la cocinera.

CARMINA.—Descuide usted.

GENOVEVA.—¡Ah!, y llévate al loro, no vaya a soltar alguna palabrota. ¡Si no se jugara a las cartas delante de él!

ELOISA.—Las hermanitas tienen uno monísimo, que les regaló un misionero, y dice: "Aleluja".

ROBLEDO.—Pues no sería malo encontrar otro misionero a quien regalarle éste, a ver si lograba convertirlo.

CARMINA (*Que ha ido a la galería a coger la jaula.*) — Lo pondré en el cuarto de la plancha, que está más templado.

GENOVEVA.—Sí. (*Sale Carmina por la izquierda con el loro. Eloisa da los últimos toques a su jardinería, mientras doña Genoveva y su padre siguen una conversación empujada en voz baja, hablan en primer término.*)

ROBLEDO.—Usted sabe que yo no leo ese papelucho; pero no faltó quien viniera a decírmelo.

GENOVEVA.—Le aseguro que en su última carta mi hermano nada nos dice; le preguntaremos a Julio.



ROBLEDO.—Nada, nada... Que el día menos pensado tendremos el honor de contar en el pueblo con la hermana de un ministro. Si suben los conservadores, es un hecho.

GENOVEVA.—Será, cuando usted lo dice.

ROBLEDO. — Vaya si será, señora mía.

GENOVEVA.—Bien lo merece el pobre, que aquello no es vida... Excuso decirle que si ese día llega, mi pequeña influencia para con mi hermano estará al servicio de los buenos amigos.

ROBLEDO.—No lo olvidaré y se lo agradezco ya como si estuviera ascendido; créame. (*Entran Julio y don Ricardo por la primera puerta de la izquierda*).

JULIO.—Ya estamos como nuevos.

DON RICARDO.—No ha querido agua caliente, hija mía... Si yo hiciera eso, no lo contaba.

ROBLEDO (*A Julio acaparándolo*).—Pues, como le decía a usted, en cuanto a devoción al progreso, no lo hay más radical. Puede usted decir a su padre que hay en su pueblo personas que, aun no comulgando con sus creencias, lo admiran, lo veneran... Usted, que es tan inteligente, sabrá el mérito de esta simpatía, cuando se milita en campos distintos.

JULIO.—Tendré un grande placer en hablarle de usted... (*Eloísa trabaja desarreglando y arreglando con afectación la mesa. De vez en cuando mira a Julio*).

GENOVEVA. — Nos parece tan raro verte aquí... Creímos que no vendrías nunca a conocer tu pueblo.

JULIO.—Ya véis; tantos deseos, y todo se iba arreglando de modo...

ROBLEDO.—Le llevaremos a ver el casino, que sin ser una de las doce maravillas del mundo, es muy aceptable.

ELOÍSA.—Papá...

ROBLEDO. — ¿He dicho algo de más?...

ELOÍSA.—Cinco maravillas... (*Dirigiéndose a Julio*). Eso de los números no es su fuerte: ya oirá usted equivocaciones graciosas.

ROBLEDO.—En fin, sean doce o siete, que para eso te tengo, don Julio verá nuestro casino.

DON RICARDO.—Y el ensanche. Ya verás. Todo lo que se ha hecho después del descubrimiento de las minas ya es otra cosa.

JULIO.—Y la parte vieja también quiero verla, ¿eh?

GENOV.—Claro, claro; todo se verá.

JULIO.—Al fin, el pueblo viejo es el mío, el nuestro, tía. Lo que yo tengo ganas de ver es la casona donde nació el abuelo, y donde nacimos mi padre y yo... Con sólo cerrar los ojos, ya la veo como la veía de muchacho. Recuerdo que en la puerta hay un aldabón que figura un lagarto; recuerdo que es una puerta claveteada, color chocolate... Eso es lo que tengo yo más deseos de ver... El atrio de la iglesia vieja, donde están enterrados todos los mayores...

GENOVEVA. — Si vieras cómo está aquello de ruinoso... ¡Es una lástima!

ROBLEDO.—Esto matará a aquello, señora; lo dijo el filósofo...

JULIO.—No importa. Si es preciso, no faltarán influencias para echarle un parche... Tengo el presentimiento de que mi viaje al pueblo no ha de ser inútil.

DON RICARDO.—Seguramente el alcalde vendrá a saludarte. Tienes que tener cuidado, porque no es de los nuestros...

ROBLEDO.—Amigo mío: como su señora tía dice muy bien, aquello está casi derruido, pero se verá... Esos sentimientos familiares le honran. Se verá; queda dicho... Las ruinas hacen resaltar mejor la majestad de las obras modernas, como las sombras las luces de un cuadro... Visitará usted el barrio aquel, aunque ya hoy es poco recomendable por la morralla que lo habita.



DON RICARDO.—Gentuzá, puedes suponer.

GENOVEVA. — Desde la explotación de las minas, aquello se ha plagado de obreros y hay un sin fin de tabernáculos...

ROBLEDO.—Donde se le echa agua al vino todos los días, excepto las vísperas de huelga y de elecciones.

JULIO.—¡Qué caramba! No habían los obreros de servir solamente para el ensanche de Villanoa. Algún inconveniente han de tener. Aquí el juez, que es erudito, les dirá que Babilonia y Arcadia son incompatibles. *(Entra Carmiña y hace señas a la tía Genoveva de que la comida está lista.)*

GENOVEVA.—Sí, podemos irnos sentando.

JULIO.—Pero no me han dicho ustedes nada de los otros tíos y de los parientes. Desde que llegué estoy pensando en preguntarles. ¿Es que no vendrán?

GENOVEVA *(Con turbación)*.—Sí...

JULIO.—Ya sé que ellos no pueden dejar siempre sus obligaciones, que trabajan... Habrá que ir a verlos en seguida.

DON RICARDO.—Allí estaban cuando llegaste... ¿Cómo habían de faltar!

JULIO.—¿La tía Benita, la tía Eusebia?...

GENOVEVA.—Y Lorenzo... Sí; Ricardo dice que estaban en la parada de la diligencia.

JULIO.—¡Pero si allí no había más que unos paletos!

DON RICARDO. — Pues estaban allí, ya ves. *(Pausa embarazosa. Robledo y su hija sonríen. Julio comprende, y con acento excitado, dirigiéndose a don Ricardo, le pregunta. Carmiña está en último término; también ha comprendido y sufre.)*

JULIO.—¿Y por qué no me hablaban, tío? Debió decirme que estaban; habrán creído, con razón, que soy un descastado...

GENOVEVA.—¡Oh, no!...

ELÓISA.—¿Cómo han de creer?

ROBLEDO.—No faltaba más...

JULIO. — No saben ustedes cuánto me contraría... En fin, les daré una satisfacción y comprenderán...

DON RICARDO.—Sí, se arreglará todo; no tiene importancia.

JULIO.—Pero, ¿y Carmiña, la ahijada de mamá? ¿No vive desde hace dos años con ustedes?

GENOVEVA. — Sí... Ahí la tienes... Carmiña, saluda; no seas huraña...

JULIO.—¡Carmiña!

RON RICARDO.—Pero, mujer... *(Todos sonríen, Julio está desorientado. Carmiña ruborizada, temblorosa, casi no acierta a hablar y retrocede cuando Julio se acerca a ella.)*

CARMIÑA. — Servidora de usted... Mucho me alegraré de que la señora madrina...

JULIO.—¿Qué es eso?... ¡Vaya con doña vergonzosa!... Alza la cabeza... ¿Es que no sabes que soy tu primo?... Mándela usted, tía.

GENOVEVA.—Alza la cabeza, mujer.

JULIO.—Aquí traigo un recuerdo de mamá para ti... Aunque sólo te vió recién nacida, te quiere mucho... Ya le diré con los morros que has recibido a su hijo y te escribirá un buen regaño... Si no es por ella, te mueres dos días después de nacer, porque tu madre estuvo muy mala, y por atenderla te dejaron medio abandonada en un desván... Me acuerdo de que yo jugaba con un caballo de cartón al lado de tu cuna, y te mecía; por cierto que llorabas como una condenada.

CARMIÑA *(Muy azorada)*.—No me acuerdo...

JULIO.—¿Qué te has de acordar! ¡Habrá vergonzosa mayor!... Ea, voy a cumplir mi encargo... Mamá me dió esta mecalla, diciéndome que te la pusiera yo mismo en su nombre; conque... *(Va hacia ella.)* ¡Pues no me huye!

DON RICARDO.—Vamos, Carmiña.

ELÓISA.—Es una delicada atención de su madrina; acéptela usted.

JULIO. — Así... Ahora el broche...



No es una joya; sólo un recuerdito...  
Ea, ya está.

GENOVEVA.—Da las gracias.

CARMIÑA. — Muchísimas gracias;  
dígalas usted...

JULIO (*Jovial*).—¿Qué es eso de usted?

CARMIÑA.—En toda mi vida olvidaré...

JULIO.—No vale, eso no vale... No hay que pasar por ese *usted* sin protesta... ¡Usted a su primo!... ¡Tú por tú; no faltaba más!

GENOVEVA.—¡Julio!

JULIO.—Empieza otra vez.

CARMIÑA. — Yo... La madrina... Usted...

JULIO.—De tú, de tú... (*De súbito, Carmiña, que ha estado haciendo pucheros, rompe a llorar y escapa corriendo por la primera puerta de la izquierda. El Juez y su hija, que cruzaron durante la escena irónicas miradas, se echan a reír. Julio se ríe también, pero de otro modo. Los tíos mueven la cabeza como diciendo: ¡Qué muchacha! ¡qué muchacha!*)

DON RICARDO (*Llamándola*).—¡Muchacha... muchacha!...

JULIO (*Yendo a la puerta*).—Pero, oye, perdóname... Oye, mujer.

GENOVEVA.—Más vale dejarla. Ya se le pasará...

ELOÍSA.—Como no tiene costumbre de tratar personas...

GENOVEVA.—Es muy corta de genio, ya verás.

ROBLEDO.—Por mucho que sus tíos la educan... ¡Pero todo se andará!

DON RICARDO (*Siempre preocupado por la idea de la comida*).—Bueno; que Julio dijo que traía hambre.

ROBLEDO.—¡Y que doña Genoveva tiene unas manos!... Hasta un plato especial han mandado las Hermanitas para usted.

ELOÍSA (*A Julio*).—Las pobres quieren levantar un santuario, y no encuentran en Madrid quien las ayude.

GENOVEVA (*Que ha ido a la segunda puerta de la izquierda, donde finge*

*hablar con alguien*).—Esperaremos un minuto... Hoy en tu honor hemos guiñado a la francesa. Aquí tienes el menú... Obra de Eloísa...

JULIO.—¡Pero tía!... ¿Para qué se ha molestado usted? ¡Con las ganas que tengo yo de comer unas magras con tomate, y de beber ese vino de la tierra que raspa la garganta!

ROBLEDO.—De todo habrá tiempo... ¿Es que no le gusta el menú?

JULIO.—Sí, claro que me gusta; pero hubiera preferido lo otro... (*A Eloísa*). ¡Ah! La felicito: tiene usted una letra preciosa.

ELOÍSA.—¡Oh!...

ROBLEDO.—De modo, que usted se va de vicecónsul a Francia ¿no es eso?

JULIO.—No; a Austria.

ROBLEDO.—Bueno; al decir Francia, quiero decir al extranjero.

JULIO (*Con sorna*).—Entonces, sí.

ROBLEDO. — Y eso tiene uniforme: claro.

JULIO.—Sí.

ROBLEDO.—¿Lo traerá usted?

JULIO.—¡Pero si ni siquiera me lo he hecho!... No corría prisa.

ROBLEDO.—Lástima. ¿Verdad, don Ricardo? En la fiesta del Casino hubiera resultado espléndido.

DON RICARDO.—Sí que es lástima. Como traes esas maletas tan grandes, habíamos creído...

JULIO.—Y una caja que todavía ha de traer el ordinario... Pero no se asusten. Son unas cuantas mudas y unos cuantos libros, para rellenar. Algunos muy interesantes; los pongo a su disposición.

ELOÍSA.—Yo le aceptaré algunos, si son de índole que una señorita...

ROBLEDO.—Yo bien querría; pero el trabajo del Juzgado no me deja... Le aseguro que cuando se ha despedido este Juzgado uno de Madrid no viene ancho... En fin, con decirle que apenas me queda un par de horas para venir aquí y el tiempo justo para ir a la botica a jugar mi



tresillo... De todos modos, se los agradezco como si los hubiera leído.

GENOVEVA. — Pues con tu tío no cuentas.

DON RICARDO. — Mujer, no lo digas así, que va a creer Julio que soy un analfabeto. Lo que pasa es que la memoria me ha abandonado... Verás: leo un capítulo y ¡zas! a los cinco minutos es como si me hubieran pasado una esponja... Ni rastro... Así que he decidido leer el mismo libro siempre. En mi mesa tienes el *Don Quijote*; lo abro todas las noches por la misma página, y todas las noches me impresiona igual cuando aquel bergante de Ginés—¿no se llama Ginés, tú?—bueno cuando aquél, como se llame, la emprende a pedradas con el loco...

JULIO. — Pues no se aflija usted, que acaso sea una ventaja...

GENOVEVA. — Nosotras vamos a dar el último vistazo.

DON RICARDO. — Supongo que eso de la comida acabará por fin de ser un hecho.

ELOÍSA. — Me parece que el que tiene más apetito no es Julio; permíñeme usted, pero como es usted tan joven se me hace raro llamarle don Julio.

JULIO. — No faltaba más...

GENOVEVA. — Ahora sí que es sólo un momento. Vayan sentándose... (*Rápidamente don Ricardo y el Juez se sientan. Cuando doña Genoveva y Eloísa van a salir por la izquierda, se oye ruido en la puerta opuesta. Doña Genoveva, yendo hacia la puerta del fondo.*) ¿Quién es?

DON RICARDO (*Desagradablemente sorprendido.*) — ¡Ah... ustedes!... (*Son los parientes pobres, que se detienen en el umbral, sin atreverse a pasar. La tía BENITA trae una cesta de peras; el tío LORENZO una gran bola hinchada de vino: regalos para el forastero. La tía EUSEBIA es la pobre más pobre, la que no tiene nada que dar. Los años la han encorvado... Todos hablan con ese acento cantari-*

*no y quejumbroso que tienen las gentes humildes del Noroeste. Durante esta escena hay en todos los personajes, menos en Julio, contenida sensación de malestar.*)

GENOVEVA. — Aquí tienes a los parientes que te quieren dar la bienvenida.

JULIO. — Vaya... que pasen... ¡Ya decía yo! (*Abrazándolo.*) ¡Tío Lorenzo!

LORENZO. — Rapaz... ¡Qué hombre te has hecho!

JULIO. — ¡Tía Benita!... ¡Tía Eusebia! (*Se abrazan.*) Les tengo que pedir mil perdones.

EUSEBIA (*Echándose atrás y haciendo pantalla con las manos para verle mejor.*) — ¡Míralo qué galán! ¡Si pareceme estar mirando a mi hermano Bianor, que gloria haya!

BENITA. — Hubiérale conocido entre mil.

EUSEBIA. — ¿Por qué viniste ahora que mis ojos non poden verte claro, galán?

DON RICARDO (*A Julio.*) — La pobre Eusebia está tan vieja ya...

EUSEBIA. — Si Dios ha querido que me saliera al hermano... ¿Non te lo decía yo? Tu abuelo, rapaz, tiraba la barra que non te había con quien le comparar en todo el contorno... Alto e garrido era, como tú, que teu padre no sé a quién salió e bien de lágrimas que tuvo que llorar tu abuela la probe, que non te había mujer que non quisiera oír lo que él decía a todas... (*Eloísa, que ha puesto cara fosca al oír las últimas palabras, sale por la segunda puerta de la izquierda.*)

GENOVEVA (*Con ligero reproche.*) — Eusebia...

EUSEBIA. — Déjenme añorar... Ahora ya puedo morir, que viéndote me parece que he vuelto a verlo... (*Abrazándole con trasporte.*) ¡Meu galán, meu rapaciño! ¿Por qué non te pusieron Bianor como a él, e non Julio?

DON RICARDO. — Vamos, Eusebia, vamos...



JULIO.—La pobre tía Eusebia...

BENITA (*Ofreciéndole las peras.*)—Aquí te traemos, non es lo que mereces, mas el pedrisco este año castigonos mucho...

LORENZO.—Comerás estas peras en nombre de los tíos, y de la rapaciña, que ya verías. Sacóla de pila tu madre.

GENOVEVA.—Dadle las gracias, que le ha mandado una medalla con cadena de oro.

JULIO.—Y a todos les manda algo; no regalos, recuerdos... A usted...

BENITA.—¡Que Dios la bendiga!

EUSEBIA.—¡Páreceme verla!... Tan blanquiña, tan guapa... Asíñ tenías tú que salir.

LORENZO.—Y este vino que es de tierra que labramos nosotros y que siempre fué de la familia. No te es tampoco regalo; pero puro lo es; no se da uva mejor.

JULIO (*Tomando la bota.*) — Pues que sea el primer vino que beba yo en mi pueblo.

DON RICARDO.—¡Que te vas a manchar!

GENOVEVA.—¡Que se te va a quitar la gana!

JULIO (*Bebiendo a chorro.*) — ¡Quítá!... No se bebe tan bueno en Madrid, se lo aseguro.

EUSEBIA.—Yo non tengo nada que darte, meu fillo; mas allá rebusqué en l'arca y tráigote una cosiña que non diera a ninguno... Aquí tienes un retrato del tu abuelo; antes de la guerra carlista lo guardo. Hiciéralo antaño un hombre que vino con una caja endiablada... Te es fuerte, te es de hoja de lata, que por eso ha podido durar, y ya hoy non se facen tan duraderos... Guárdalo, hijiño, y enséñaselo a tu padre, que tendrá gozo en verlo.

JULIO.—¡Tía Eusebia!

EUSEBIA.—Estos mofan de miñ'arca, porque guarde en ella años e años e bien que me fice... Aquí tes otra reliquia. ¿A que non aciertas lo que es? Aquí tuviste tú mesmo la cabe-

ciña, rapaz, que parecía entonces tri-go maduro... Con este gorriño te bautizaron. Diómelo tu madre.

JULIO (*Abrazándola.*) — ¡Mi buena tía Eusebia!

GENOVEVA.—¡Pues no está llorando!

DON RICARDO.—¡No te da vergüenza? ¡Un hombre!

ROBLEDO. — Expansiones... La juventud... También yo en mis tiempos...

JULIO.—¡Qué ha de darme vergüenza, tío! Lloro, sí... ¿Ve usted estas dos cosas? Como todas las de la vida, sólo tienen el valor que el alma pone en ellas. Usted no puede comprender, porque no es de la familia...; pero la tía Genoveva sí me entiende... En este guiñapo de tela he visto toda mi infancia y en ese viejo retrato toda mi casta; y me ha parecido como si entrara en un baño de luz; me ha parecido que toda mi vida pasada no era mi vida... Me ha parecido que me hacía fuerte, fuerte como el abuelo Bianor, que tiraba la barra y luchaba a brazo partido con los toros. Mis lágrimas eran lo único débil que había en mí, y por eso salían... por eso salen todavía... (*Los campesinos han escuchado religiosamente: no comprenden bien, pero sienten que Julio habla de lo único que en la familia sigue siendo común, y se emocionan. La tía Genoveva se enjuga también los ojos humedecidos.*)

EUSEBIA.—¡Rapaciño!

BENITA.—Y cómo te habla, que parece un rey.

LORENZO.—Bien que siento que non haiga escuchado la rapaza.

DON RICARDO (*Por doña Genoveva.*)—¿Pues non llora ésta también? Vamos, vamos. (*Levantándose y empujando suavemente hacia la puerta a los campesinos.*) Julio irá a veros uno de estos días... Ya podréis venir con despacio... No nos emocionemos; tengamos la comida en paz.

LORENZO.—Puesto que ya hemos tenido la alegría de verte...



EUSEBIA. — Eu traigo un encargo para ti, rapaz.

DON RICARDO. — Déselo, pues.

EUSEBIA. — ¿Te acuerdas de tu hermano de leche, rapaz?

JULIO. — Sí; Hermenegildo... ¿Por qué no ha venido con ustedes?

BENITA. — Pensó que te sentase mal. *(Al oír este nombre el Juez, salta de su asiento demudado.)*

ROBLEDO. — Supongo, amigo don Ricardo, que ese energúmeno que ha proferido amenazas contra mí...

LORENZO. — No tenga miedo el señor juez; si no viene...

ROBLEDO *(Con miedo.)* — ¿Miedo yo?... Le ruego mida sus palabras.

GENOVEVA. — Vaya, no hablemos más de él...

EUSEBIA. — Pero si fué él mismo quien non quiso venir...

BENITA. — Mas, como te quiere tanto...

ROBLEDO. — Se trata, amigo Julio, de un sujeto peligroso, a quien el deber profesional me obligó... Por fortuna para todos, no se le ha ocurrido venir.

DON RICARDO. — ¡Cómo había de atreverse!

EUSEBIA. — Bien dice don Ricardo que el cuitado, des que volvió da cárcel, a nada se atreve, y non hay puerta que non se le cierre, nin can que se trate peor: que todos parecen sus enemigos... Por eso non se atrevió a ir a esperarte, y fuese lejos en la carretera, y corrió a la par de la diligencia largo trecho, para verte, el pobriño...

JULIO. — Ahora recuerdo... sí. ¡Cuánto lo siento! Dígale usted, tía, que lo veré con gusto, que me mande a decir...

ROBLEDO. — Como lo haría su padre, amigo mío, creo de mi deber advertirle...

BENITA. — Bien seguro está el rapaz yendo con él; que antes se dejara destrozar si alguno tuviérale mal querencia.

DON RICARDO. — De aquí lo hemos

tenido que espantar porque se permitió mirar a Carmiña... No debes desdenar los consejos.

JULIO. — Pero ¿por qué estuvo en?...

ROBLEDO. — En presidio, amigo. Y claro que a usted nada le atañe. Abel y Caín mamaron también del mismo pecho.

LORENZO. — ¡Cosas de hombres!

GENOVEVA. — Un poco de desgracia también.

EUSEBIA. — Diéronle en la plaza una guantada y como tenía vergüenza e sangre e llevaba un cuchillo en la faja...

ROBLEDO. — Yo instruí imparcialmente... Figúrese si la cosa había de alegrarme. Pero, con tan pocas luces, el muchacho cree que yo quise perderlo.

DON RICARDO. — Bueno, bueno. No se hable más de él... Nos han dado ustedes la comida...

LORENZO *(Bajo a la tía Benita.)* — Ceo que debemos marchar...

BENITA. — Sí.

LORENZO. — Pues nosotros, si ustedes no mandan otra cosa...

GENOVEVA. — Nada, nada; ya sabéis que Julio irá a veros.

BENITA. — Sentimos tanto...

LORENZO *(Socarrón.)* — Y no se preocupe usted, señor Juez.

EUSEBIA. — Adiós, rapaz... Queden con Dios vuestros.

JULIO. — Hoy mismo, sin falta, iré allá. Espérenme.

LORENZO *(A doña Genoveva.)* — Díga a la rapaza que estuvimos aquí.

BENITA. — Ave María.

EUSEBIA. — Adiós, Genoveva... Adiós, don Ricardo...

LORENZO. — ¡Ea, adiós, y salud!

ROBLEDO. — Muy buenas tardes.

JULIO. — Yo los acompaño hasta abajo. *(Poco a poco han ido saliendo por el fondo y Julio los conduce.)*

GENOVEVA. — Vaya, al fin nos podremos sentar. Usted tiene que dispensarnos.

ROBLEDO. — Por Dios, señora...



DON RICARDO.—Creí que no se iban nunca.

ROBLEDO.—Esas gentes estiran las conversaciones de un modo...

DON RICARDO.—Tú debiste prever la escena, dar órdenes... Eso de que la puerta esté abierta de par en par, como la de un asilo...

ROBLEDO.—Olvidemos el incidente... Mi mujer no tardará... Además podemos empezar sin ella; ustedes saben cómo ha tomado lo del ayuno.

DON RICARDO.—También es mortificación... *(A doña Genoveva.)* Tú manda servir.

GENOVEVA *(Yendo hasta la segunda puerta de la izquierda.)*—¡Carmiña! Sí, que pueden ir sirviendo... *(A Eloísa, que entra por la misma puerta.)* Sí, se fueron ya.

ELOÍSA.—¡Ah! Ya sirven. Temíamos que se nos pasara el puré. ¿Mamá no ha venido?

ROBLEDO.—Siéntate... *(Todos se han sentado. Entra Julio por la puerta del fondo.)*

DON RICARDO.—Vamos, siéntate; a ver si nos dejan comer de una vez.

GENOVEVA.—Tienes que disculparlos; los pobres...

JULIO.—¡Oh! de nada.

GENOVEVA.—Aquí; éste es tu sitio: al lado de Eloísa. *(El Juez y don Ricardo se prenden las servilletas del cuello. Julio tiende la suya sobre las piernas, y poco a poco, disimuladamente, los demás lo imitan. En la mesa queda un lugar vacío. Mientras se dicen las frases que preceden a la entrada de Carmiña, Julio dirige miradas furtivas hacia la izquierda.)*

DON RICARDO.—A lo mejor se te

habría pasado la gana con aquel vino.

JULIO.—No, no.

ELOÍSA.—Si siquiera hubiera sido vermout...

ROBLEDO.—Nada, podemos empezar sin mi mujer.

ELOÍSA *(A Julio.)* — ¿Quiere usted una aceituna?

JULIO.—Gracias. ¿De modo que este sitio vacío es para su mamá?

ROBLEDO.—El sitio del Comendador.

JULIO.—Pero... ¿y Carmiña?

GENOVEVA *(Con sonrisa forzada.)*—Carmiña... ahora vendrá. Ya te diré...

ELOÍSA.—¿Una rodajita de salchichón?

JULIO.—Gracias... Sí que creo que se me ha quitado la gana de comer.

DON RICARDO.—¿De pronto? Nada de remilgos, que estás en tu casa y en tu pueblo. Ya se sabe que el comer y el rascar... *(Sale Carmiña por la segunda puerta de la izquierda con la sopera.)* ¡Ea, ya está la sopa! *(Julio creía que el puesto vacío era para Carmiña. Eloísa lo abruma con sus atenciones. Al anunciar don Ricardo la sopa, Julio vuelve la cabeza y se encuentra con Carmiña, que trae la sopera humeante.)*

GENOVEVA.—Por aquí, sirve por aquí.

JULIO.—¿Pero... ¿cómo? Carmiña...!

GENOVEVA.—Ya te explicaré...

JULIO *(Alzándose para tomar la sopera de manos de Carmiña, con indignación que logra reprimir apenas.)*—Trae... Gracias, Carmiña... Ya está. *(Cae rápidamente el telón.)*

## ACTO SEGUNDO

El mismo comedor. La mesa aparece con el mantel puesto; la jaula del loro está colgada en la galería. Finaliza el verano.

*(Julio está junto a la puerta de la izquierda con un libro en la mano. Carmiña en primer término, borda un pañuelo. Tiene casi la misma ropa*

*que en el acto anterior, pero parece mejor vestida y más bella. Lleva una flor prendida en el pecho.)*

CARMIÑA.—Qué libro más sucio.



JULIO.—Por fuera sí, porque Ba-  
rreiro lo estuvo leyendo en el café;  
pero por dentro puedes leerlo tú.

CARMIÑA.—Le pondré un forro de  
papel blanco... Vaya, dámelo, y vete  
a cambiar de cuello. Te estarán espe-  
rando los tíos en el Casino.

JULIO.—Que me esperen... Lo del  
cuello fué un pretexto para venir.  
Qué poco ingenioso, ¿verdad?

CARMIÑA.—Pues tienes que cam-  
biártelo; no faltará quien se haya fija-  
do, y después...

JULIO.—Bah, tarde o temprano...

CARMIÑA.—Además, la tía Eusebia  
está en la cocina. Vino a hacerte la  
empanada de pescado. No quiero que  
vaya a notar...

JULIO.—En fin, puesto que me  
echas, voy a cerrar los ojos para no  
verte y tener así la fuerza de mar-  
charme... A la una, a las dos y a las...

CARMIÑA (Riendo).—Oye... oye...

JULIO.—¿Indultado?

CARMIÑA.—A medias. Como esa re-  
unión se acabará pronto, ven un rato,  
antes de la cena, y así, mientras pon-  
go la mesa, me explicarás el libro.

JULIO.—¿De modo que por interés?  
Pues, no vengo... ¿Cómo te voy a ex-  
plicar yo el libro mejor que el que lo  
ha escrito?

CARMIÑA.—Sí, sí; cuando tú me ex-  
plicas un libro, lo comprendo mejor;  
veo cosas que sola no hubiera visto...  
Mira que he leído, ¿eh?

JUL.—Nunca tanto como doña Eloísa.

CARMIÑA.—¿Ah! no; como Santa  
Eloísa, no... Pero dos paquetes de ve-  
las he gastado este mes más que el  
pasado. Gracias a que saqué dinero de  
mi hucha con un cuchillo... Anda, vete.

JULIO (Jovial).—¡Quí! ahora que  
tú me has entretenido, me salgo con  
la mía. Lo que es hoy, me vas a con-  
fesar que eres mi novia.

CARMIÑA.—¿Ah, no!... Eso sí  
que no.

JULIO.—Pero ¿no me has dicho ya  
que me quieres?

CARMIÑA.—Sí.

JULIO.—¿Más que se puede querer  
a un primo?

CARMIÑA.—Sí.

JULIO.—¿Más que has querido a  
nadie, más que querrás a nadie?...

CARMIÑA.—Sí; ya sabes que sí.

JULIO.—Entonces, boba, eres mi no-  
via...

CARMIÑA.—No.

JULIO (Serio).—Pero, ven acá... No  
es que quiera ponerme pesado para  
sacarte los colores. Sé que me quie-  
res; estoy tan seguro de ti, como de  
mí, y esa certeza vale mucho más que  
la palabra que quiero que me digas.  
Ya ves, con sólo compararte a cuan-  
do vine, comprendería lo que me quie-  
res: llevas lo mismo y pareces otra...  
El amor te ha instruido.

CARMIÑA.—Entonces, si lo sabes...

JULIO.—Pero no vale saber, nena;  
hay palabras que se necesitan oír; sa-  
ber, es como si se leyera una músi-  
ca: no satisface... Dime eso, nena;  
anda; una sola vez.

CARMIÑA.—Yo no quiero engañarte  
ni engañarme, Julio.

JULIO.—¿Pero qué dices?

CARMIÑA.—Quiero decir siempre la  
verdad... Te quiero, tú no sabes cuán-  
to te quiero; te quiero ¿cómo te diré  
yo? sin nada malo y sin nada bue-  
no... ¿Me entiendes? Sin exigencias  
y sin esperanzas. Cuando te vayas,  
tendré tristeza, pero no desengaño.  
Mientras que si fuera tu novia...

JULIO.—Dí, dí...

CARMIÑA.—Me parecería que me  
abandonabas, que me... Anda, vete;  
no me hagas hablar.

JULIO.—¿Y pensar que tengo que  
dejar de oír esas cosas embrolladas y  
divinas que íbas a decirme, para ir  
al Casino! Ya estará tocando el cuar-  
teto de ciegos en la sala de billar.

CARMIÑA.—Yo no podría bailar;  
pensaría en los pobres desgraciados;  
sobre todo en el de la Puebla, el que  
toca la flauta alzando la cabeza con  
los ojos muy abiertos, que parece que  
quiere mirar.



JULIO. — Tú eres tú, mi Carmiña. Tienes un corazón tierno que no lo ahogan los perfumes baratos, los trapos, ni los proyectos matrimoniales. Las de Bermúdez, la del recaudador y la del juez, no comprenden así las cosas.

CARMIÑA. — Adulador... Te voy a llamar cortesano, como te dice el juez... ¿Sabes que voy a tener que ponerte a la puerta? De seguro que ya notan que tardas.

JULIO. — ¡Se está tan bien aquí!...

CARMIÑA. — ¡Pero es verdad? A veces me parece tan raro que lo digas de veras...

JULIO. — No tienes más que pensar que vine a pasar quince días, y ya llevo aquí tres meses... Los tíos me echarían ya de buena gana.

CARMIÑA. — Como que estoy segura de que se han figurado algo... ¿Sabes que Eloísa me soltó anoche una indirecta?

JULIO. — Y el tío no nos pierde pie ni pisada.

CARMIÑA. — Ayer me dijo que iba a pedir a la Corte un sombrero para mí...

JULIO. — Haberle dicho que irías tú misma a comprarlo. Si me lo hubiera dicho a mí...

CARMIÑA. — No, Julio; yo no quieroirme reñida con ellos... Si yo he sufrido aquí tanto, no es su culpa: que han sido muy buenos conmigo...

JULIO. — No, claro; no hay que separarse reñidos. Cuando te vayas...

CARMIÑA. (*Extrañada.*) — ¿Pero cómo sabes que me voy?...

JULIO. (*Otra vez jovial.*) — Misterio... Lo sé de una manera tan cierta y tan secreta que sólo por un secreto tuyo, la cambio. Verdad por verdad: dime que eres mi novia y...

CARMIÑA. — ¡Chist!... ¿Has oído?

JULIO. — Sí; parece que suben.

CARMIÑA. — Si fuera el tío...

JULIO. — No, no...

CARMIÑA. (*Que ha ido hasta la puerta del fondo.*) — ¡Ah! Es tu pareja que viene a buscarte... Eloísa.

JULIO. — Corro... Ahí queda el libro. Dile que estoy cambiando de traje. (*Deja el libro sobre la mesa y vase precipitadamente por la primera puerta de la izquierda.*)

ELOÍSA. (*Entrando por el fondo.*) — ¿Y el señorito Julio?

CARMIÑA. (*Que ha vuelto a su bordinado.*) — Está en su cuarto.

ELOÍSA. — ¡Ah! Me había parecido desde abajo oír su voz.

CARMIÑA. — Creo que está cambiándose de ropa.

ELOÍSA. — Voy a consultar con el médico.

CARMIÑA. — ¿Está usted mala?

ELOÍSA. — Sí; ya van dos veces que me pasa: me parece oírlos hablar a los dos, luego, y resulta que estás tú sola.

CARMIÑA. (*Bajando la cabeza.*) — ¡Ah!...

ELOÍSA. — Estás muy aplicada y te pones colorada de trabajar tanto.

CARMIÑA. — Es un pañuelo para mi primo.

ELOÍSA. — Para el señorito.

CARMIÑA. — Para mi primo.

ELOÍSA. — Como quieras... Ya sé que tenéis mucha confianza. Esa flor que llevas se parece mucho a la que él llevaba ayer en el ojal.

CARMIÑA. — Es la misma.

ELOÍSA. — Creí que habría sido una alucinación de la vista; como padezco ya de los oídos... No te incomodes por mí, ¿sabes? Puedes subir a ayudarle, si quieres.

CARMIÑA. — Yo no voy donde no debo ir.

ELOÍSA. — ¡Bah!...

CARMIÑA. — También debe usted estar mala de la lengua.

ELOÍSA. — Ahora que lees tantos libros, podías aprender a ser menos desatenta. ¡Qué manera de contestar! Te olvidas de quien soy.

CARMIÑA. — Si usted no hubiera olvidado antes...

ELOÍSA. — ¡Vaya un modo de progresar! Ya se nota que hay un socialista en la casa, como dice mi padre.



CARMIÑA. — El señor Juez es muy gracioso.

ELOÍSA. — Y tú muy deslenguada.

CARMIÑA. — ¡Yo no la he ofendido a usted, Eloísa!

ELOÍSA. — ¿Qué es eso de Eloísa? Yo no autorizo familiaridades.

CARMIÑA. — Tampoco le he dicho yo a usted que me tuteara.

ELOÍSA. — Hija mía, desde que el mundo es mundo, el superior ha tuteado al inferior.

CARMIÑA. — Pero el superior, por lo mismo, tiene el deber de ser justo, de no acorralar al inferior... Un perro es un perro, y se defiende... Y hay además quien dice que todos somos unos y que lo que cambia no son las personas, sino los lugares que ocupan. *(Concluye casi sollozando.)*

ELOÍSA. — No vayas a llorar; no vale la pena de llorar cuando se tiene tan buena memoria... *(Volviéndose hacia el loro.)* ¡Repite la lección, lorito!

CARMIÑA. — Si usted continúa, me verá obligada a...

ELOÍSA. — ¿Me vas a pegar?

CARMIÑA. — Me iré simplemente a mi cuarto.

ELOÍSA. — Cuidado con equivocarte de puerta.

CARMIÑA. — Le dejaré a usted libre el camino.

ELOÍSA. — ¿Me insultas? No faltaba más que esa insolencia... Se lo diré a tus tíos. Por caridad estás aquí como igual a ellos, calzada, vestida, y miren cómo lo agradece: insultando a las visitas de la casa, y coqueteando con un señorito que viene de temporada, con un ave de paso.

CARMIÑA. — Ya sé yo de quién quería cazarla.

ELOÍSA. — ¡Eres una insolente!

CARMIÑA. — Usted me busca.

ELOÍSA. — Yo no sé, ni me importa, hasta dónde llega tu confianza con Julio; pero no olvides que no estamos en el mismo caso. Si él se quiere divertir contigo, allá tú, allá él, y allá Hermenegildo... Sí, sí; no se haga de

nuevas, que no nos chupamos los dedos... Y si Julio se dirigiera a mí, no sería de ese modo, sino para santificar nuestro amor, de igual a igual...

CARMIÑA. — ¡Váyase, váyase!...

ELOÍSA. — ¿Ves cómo la verdad escuece? ¡Me das lástima!

CARMIÑA. — ¡Y a mí usted asco!

ELOÍSA. — ¡Carmiña!

CARMIÑA. — ¡Sí, sí, asco, asco, asco!... Estoy cansada de fingir y no quiero ser más hipócrita como usted... Quiero a mi primo, pero sin interés, no para tener un marido rico, como usted lo quiere... *(Eloísa hace ademán de salir; Carmiña la retiene con violencia nerviosa.)* No; óigame, ahora tiene que oírme... Yo no sueño con bodas; sé que soy inferior, y cuando él se vaya, me iré de esta casa, donde me ahogo de tanta caridad como respiro...

ELOÍSA. — ¡Desagradecida!

CARMIÑA. — Estoy cansada de inspirar lástima, de comer en una mesita aparte y de arreglarme los vestidos viejos de la tía. Me pondré mis zuecos y seré pobre, como es debido: con orgullo... Si yo estuviera en medio de mi viña o guardando mis vacas, usted no se atrevería a insultarme. Usted señorita, y yo aldeana, cada una estaría en su puesto, y...

ELOÍSA. — Si no te salieras de él...

CARMIÑA. — Y aquí se atreve usted, porque no soy nada: ni señorita, ni aldeana, ni rica, ni pobre. Me burlan los míos y me desprecian los de aquí. Por eso abusa usted de mi situación... *(Llorando, agotada por el esfuerzo.)* ¿Por qué dejé mi casa, Virgenciña mía?... ¡Oh!... ¡Oh!... *(Pequeña pausa. Creyéndola vencida, Eloísa se acerca y comienza a hablarle con voz melosa.)*

ELOÍSA. — Vamos. Así, humilde, me desarma usted... Le prometo no quejarme a sus tíos... Olvidemos esto y seamos buenas amigas... Yo la aconsejo con el corazón... No se deje seducir por frases y promesas. Com-



prenda en el lugar que quedaría usted si se tratara de un pasatiempo, de una diversión.

CARMIÑA.—¿Por qué supone usted a todos capaces de canalladas?

ELOÍSA. — Usted no conoce a los hombres.

CARMIÑA.—¿Dónde aprendió usted a conocerlos?

ELOÍSA (*Sin recoger la ofensa.*)—Escúcheme, Carmiña, como a una persona que se interesa por usted, como a una amiga... Usted dice canalladas y, esas cosas, sólo la que sufre el engaño las llama así; los demás se ríen.

CARMIÑA.—Se reirán los canallas... Váyase usted, se lo suplico...

ELOÍSA (*Creyendo comprender.*) — ¿Pero, es que usted?... Confiésese a mí, Carmiña. Nos conocemos desde hace mucho tiempo... Si ha pasado algo irremediable, todos influiremos para que su primo sea generoso y la dote... Nadie sabrá nada; Hermenegildo aceptará...

CARMIÑA (*Erguida.*) — ¿Pero qué dice usted? ¿Por quién me ha tomado usted? Soy pobre, pero nadie puede hacerme bajar la cabeza... Soy tan honrada como usted, y más, porque no pienso mal de los otros. Hemos concluido... Yo no quiero su amistad; no quiero nada suyo... Lo único que quiero es que me deje.

ELOÍSA (*De nuevo agresiva.*)—¡Ah! ¿Otra vez? Y yo que la había creído una cordera... ¡Le digo a usted que la palurda!...

CARMIÑA. — Prefiero ser palurda a calumniadora. ¡Basta!

ELOÍSA.—Sí... Ahora soy yo la que dice ¡basta! Le abriré los ojos a sus tíos, porque es mi deber... Sabrán la vergüenza que está aquí pasando...

CARMIÑA.—Mi tía sabrá contestarle, cuando yo le diga la verdad.

ELOÍSA.—La verdad es que estás al borde de un precipicio, si no has caído ya en él; la verdad es que consientes a tu primo que te bese...

CARMIÑA.—¿Que yo?...

ELOÍSA.—Sí. ¿Creéis que soy tonta? Os oí desde abajo; no lo podéis negar...

CARMIÑA (*Avanzando contra Eloísa, que retrocede hasta arrinconarse.*) —¡Mentirosa, mala mujer; dígamelo otra vez, calumniadora!

ELOÍSA.—¡Sí, sí; os besais, os besais!... Pégame si te atreves!

CARMIÑA (*Con súbita idea.*)—¡No, no me quiero manchar!... Ahora verá usted... (*Yendo a la primera puerta de la izquierda.*) ¡Julio!... ¡Julio!...

ELOÍSA (*Acobardada, queriendo contenerla.*)—No seas loca... Oye... Me habré equivocado... No grites, oye...

CARMIÑA.—No, no... ¡Julio!... ¡Julio!... ¡Julio! (*Entra Julio.*)

JULIO. — ¿Qué pasa?... ¿Qué me quieres, Carmiña?

ELOÍSA.—No pasa nada. (*A Carmiña.*) Le suplico que calle... (*A Julio.*) Cosas nuestras; nada.

CARMIÑA.—Sí pasa, Julio: Eloísa me ha insultado...

ELOÍSA.—¿Yo?

CARMIÑA.—Eloísa dice que tú me besabas cuando ella llegó; que ella lo ha oído.

JULIO.—¡Eloísa!...

ELOÍSA. — ¡Oh! Después de todo; entre primos...

JULIO (*Severo.*)—No, Eloísa; entre Carmiña y yo...

ELOÍSA.—Yo no pregunto, Julio.

JULIO.—Pero insinúa usted... Usted no puede haber oído lo que no ha pasado; usted no será capaz, Eloísa, de afirmar una cosa incierta.

ELOÍSA.—Le repito que no tiene importancia... Me habré equivocado... ¿Quiere usted hacer el favor de acompañarme?

JULIO.—Espere un momento... Yo tengo empeño en que usted sepa, y usted, siempre tan atenta, no va a cometer la desatención de dejarme con la palabra en la boca.

CARMIÑA.—Dijo que te querías divertir conmigo...



ELOÍSA.—Y ella me ha insultado y ha insultado a mi padre.

JULIO (Con tono autoritario, que corta las dos réplicas anteriores, dichas casi simultáneamente).—¡Silencio las dos!... ¡Se lo ruego!... Así... Mire; Eloísa; yo le llevo a Carmiña la friolera de doce años, y si la trato con familiaridad, nadie puede pensar mal... Además—¿para qué ocultarlo?—Si hay en esa familiaridad algo más que ternura de hermanos, yo sé a qué me obligo; ambos somos libres, ¿no es eso?

ELOÍSA.—¡Oh!

JULIO.—Pero le doy a usted mi palabra de honor de que jamás he besado a Carmiña; de que...

ELOÍSA.—Vuelvo a decirle que no pido cuentas, que me habré equivocado...

JULIO.—Pues yo no quiero que usted se equivoque... Ven acá, Carmiña... ¡Te digo que vengas acá! (Carmiña, subyugada, obedece. Julio la besa en la frente.) ¿Ve usted? Este es nuestro primer beso.

CARMIÑA.—¡Oh, Julio!...

JULIO (A Eloísa).—Ahora puede usted decir que nos vió; pero no detrás de una puerta, por sorpresa... Estoy a sus órdenes para acompañarla.

ELOÍSA.—¡Qué escándalo!... Dará usted cuenta a mi padre... (Sale airada por el fondo.)

CARMIÑA.—¡Oh, Julio! ¿Qué has hecho?... ¿Qué has hecho?

JULIO.—Lo que había que hacer... (Inesperadamente jovial).—¿Te fijaste la cara que puso? Ahora corro yo a parar el golpe... Espérame; ya verás; espérame... (Sale por la puerta del fondo, después de haber cogido el sombrero de sobre una silla. Carmiña va a la galería a verlo marchar; luego vuelve, se sienta desalentada y llora con la cabeza entre los brazos cruzados y tendidos sobre la mesa. Entra la tía Eusebia por la segunda puerta de la izquierda con una pila de platos; se detiene un momento

para mirar a su sobrina; luego se acerca lentamente y después de dejar su carga, acaricia la cabeza de Carmiña con dulzura de abuela. Carmiña trata de disimular el llanto.)

EUSEBIA.—Creí que llorabas, rapaza.

CARMIÑA.—No, no.

EUSEBIA.—Llorabas, rapaza, que lo dicen tus ojos... Lloras porque fueron todos a la festa e dejáronte.

CARMIÑA.—¡Ah, tía Eusebia... tía Eusebia!...

EUSEBIA.—Naciste probe, y el probe tiene sempre por qué sufrir en la casa del rico; que la limosna te es como la ortiga, que cura pero face mal... Bien guapiña aquí te pusiste, y ya non falas como nosotros, porque obligáronte a fablar como ellos... Duelo me da verte trabajar tanto, neniña.

CARMIÑA.—No es eso, tía... ¡Ah! Si usted supiera...

EUSEBIA.—Si que sé... Si fueras home diríate de embarcar, que parece que ainda siguen las Américas.

CARMIÑA (De súbito).—¡Tía Eusebia; yo quiero que usted diga a los padres que me quiero volver con ellos!

EUSEBIA.—¿Díjote el tío algo? ¿Qué te dijo?

CARMIÑA.—No me pregunte... Usted que me quiere, tía Eusebia, haga que los padres me lleven hoy mismo a la casa.

EUSEBIA.—¡Rapaciña!

CARMIÑA.—Hoy mismo; tiene que ser hoy. Soy muy desgraciada, tía Eusebia.

EUSEBIA.—Iráste hoy mesmo si quieres, rapaza... que más vale reir con zuecos e pote, que verte así de coitada... (Maliciosa). Fué a causa del rapáz, bien lo sé...

CARMIÑA (Con sobresalto).—¿Qué sabe usted?

EUSEBIA.—Tu tío odia a Hermenegildo porque fórzalo el juez...

CARMIÑA.—¡Ay, tía Eusebia, yo no sabía que tan gran mal fuera por el mundo, y sufro como nunca sufrí, con un dolor que nunca tuve!...



EUSEBIA.—Filliña, ese mal te anduvo sempre e fizo sempre estragos... A todos nos embrujó en su tiempo, mi nena... El mal de amor se llama.

CARMIÑA (*Ocultando la cara para confesar.*)—No es Hermenegildo, tía Eusebia.

EUSEBIA. — ¿E quién es, rapaza? ¡Ainda tan nena, e ya quiere sufrir por los homes!... ¿Fué Marco el de la Puebla?... ¿Es el Mayordomo del Foral?... ¿Fuiste a te enamorar d'ese condenado de Santiago, que robó el nombre al Apóstol? (*A cada nombre Carmiña mueve negativamente la cabeza sin alzarla.*) Non acierto, nena... Dime por quién olvidaste a Hermenegildo... ¡Cuitado d'el!

CARMIÑA.—Yo nunca le dije que lo quería.

EUSEBIA.—Mas él te miró sempre, y antes de la desgracia que tuvo, tus padres pensaron en él, porque tiene una terra junto a la vostra.

CARMIÑA.—Yo nunca le dije, tía... Quiérole con cariño de hermana, se lo juro... Y él tampoco me dijo nunca...

EUSEBIA.—De vergüenza de hablarle; que te es medroso para las mujeres, e para los homes un can.

CARMIÑA.—Cuando todas le negaron la conversación al volver de la cárcel, yo sola le hablé... Pero ese cariño que le tengo es diferente al otro, tía Eusebia... Ese cariño no es el mal de que usted antes me hablaba... Como hermano le quiero; sólo así.

EUSEBIA.—Nenifa, que non sea para desgracia el querer tuyo... Non sei de quién fuiste a te enamorar; mas dicen que Hermenegildo dixo que ha de matar al home que se acerque a ti...

CARMIÑA (*Ansiosa.*)—No lo hará, tía. ¿Verdad que no lo hará?

EUSEBIA.—Uno pudre ya en tierra de su mano, nenifa...

CARMIÑA (*Casi inconsciente.*)—No; Hermenegildo no levantará la mano contra él; antes me matará a mí, tía Eusebia...

EUSEBIA.—Prendióte bien el querer, rapaza...

CARMIÑA.—Es casi su hermano... Hermenegildo no puede matar a Julio. (*Un silencio. La tía Eusebia se ha echado atrás, con un largo ademán de consternación.*)

EUSEBIA.—¡Cuitada de ti!... ¿Oyérate bien? ¡Fuiste a te enamorar del tu primo Julio!

CARMIÑA. — ¡Oh, tía Eusebia, tía Eusebia!...

EUSEBIA.—¡La probe paloma!

CARMIÑA (*Sin levantar la cabeza, que ha hundido entre los brazos.*)—Yo bien luché días y días, tía Eusebia; pero ya era tarde; ya lo tenía en el alma, ya...

EUSEBIA (*Presa de un mal pensamiento, yendo junto a su sobrina y cogiéndola por los brazos.*)—Gustárasele por fresca y quiso regalarse contigo... Dime la verdad, aunque non pueda resistirla y muera de vergüenza... ¿Engañárate?

CARMIÑA.—¡No, no, tía!... ¡Me hace usted daño!

EUSEBIA.—Mirame a los ojos, que yo vea la verdad...

CARMIÑA.—Mírelos... Mire hasta el fondo, y vea que su pobre Carmiña de nada tiene que avergonzarse. ¿Por qué todos han de pensar el mal? Yo creí que eso era sólo de las gentes como Eloísa, la del juez, que antes vino a insultarme; y ahora ¡también duda usted de mí, tía Eusebia!

EUSEBIA. — ¡Perdón, rapaza; pasóme el mal pensamiento, como una nube! (*Pausa.*)

CARMIÑA.—No tiene que morir... Si hice mal en querer a Julio, sufriré yo sola; pero sepa que él es bueno, que es limpio, que jamás me faltó con la palabra, que jamás me miró con aquellos ojos malditos con que mira a las mozas el loco de la Puebla...

EUSEBIA.—¡Rapaza, rapaza!

CARMIÑA.—Sepa, que él no me dice sino cosas que dan confianza; cosas puras, buenas, que usted y madre pu-



dieran oír; cosas que parece que van a nacerme alas cuando las escucho... Sépalo; antes de renegar de su pobre Carmiña, y no me insulte también, como hizo la del juez! (*Se reclina sobre la mesa desesperada, sollozante. La tía Eusebia la consuela con un tono casi infantil, que se hace después terrible para maldecir a Eloísa.*)

EUSEBIA.—Non me llores más; que agora te sé que todo ha de ser para bien. Iráste hoy mesmo con los padres, y allá remediaremos... Malo es el amor; pero te face a veces milagros y junta lo probe con lo principal... Non me llores... La tía Eusebia sufre por ti, neniña, porque fué a ti sempre a la que más quiso, y te tengo aforrados—non lo digas a nadie—hasta noventa riales n'el fondo de l'arca... Perdona a la tía Eusebia el mal pensamiento; mira que te es muy vieja y non sabe ya... Non llores por lo que te dijera la perra señoritiña del juez... (*Yendo a la ventana de la galería y amenazando con el puño crispado a la calle.*) ¡Flaca, mala ponzoñosa y cativa—que los demos pongan en tu cama espinas;—que longa febre t'haga soñar día e noche con meigas malditas;—que non haiga cosa galana a tu vista; qu'engañada e burlada, en tu alma morda la envidia;—que en la casa de enfrente veas la dicha;—; y que sólo un trasno peludo, cojo, tuerto e podre te faga compañía!

CARMIÑA (*Que ha escuchado con asombro y con miedo.*) — ¡Tía Eusebia!

EUSEBIA.—Neniña, neniña... recibirá la maldición... Yo falaré a tus padres. Yo falaré también a Hermenegildo... Anda, neniña, pon agora la mesa para que non podan decir que el último día cumpliste mal... Anda, que yo te sé de un bebedizo que fuerza a los homes, y una vela a San Antonio de la Puebla he de encender. (*Van hacia la puerta del fondo abrazadas, conmovidas, sin ver a Julio,*

*que desde hace un momento está mirándolas de pie en el dintel.*)

CARMIÑA.—¡Cuánto bien me ha hecho usted, tía Eusebia!

EUSEBIA. — ¡San Antónino de la Puebla te hará el milagro, rapaza! (*Julio, entrando.*)

JULIO.—¡Y el santo la escuchó, tía Eusebia, porque está hecho el milagro!

CARMIÑA.—¡Julio!

EUSEBIA.—¡Rapaz!

JULIO.—Oigame, tía...

EUSEBIA.—Non; vóime corriendo... Falarás a Lorenzo y a Benita, rapaza... Yo non podo oírte, que te soy vieja y lloro en seguida... Falarás con ellos. Aínda torno... (*Desde la puerta, con un gran esfuerzo y voz henchida de emoción, le suplica antes de salir.*) ¡Julio, non me mates a la filliña, que de tu sangre e de tu casta es!

JULIO. — La pobre tía Eusebia... ¿Le dijiste?...

CARMIÑA.—Sí... Después de lo de antes... Quiero marcharme esta tarde mismo. (*Julio se sienta en primer término y habla en tono ligero, tras el cual, a otra persona menos turbada que Carmiña le sería fácil advertir una gran alegría contenida.*)

JULIO.—Ah... ¿Conque esta tarde?

CARMIÑA.—Me lo dices de un modo... Ahora va la tía Eusebia a casa de los padres a decirles...

JULIO. — No están en casa... ¿Te asombras? ¡Si vieras la cara que pones!

CARMIÑA. — Pero ¿cómo sabes tú que no están allá?

JULIO.—Secretos míos, hija... Como esa Eloísa tiene andares de galgo y no pude alcanzarla, decidí tomar otro rumbo... Estuve en tu casa y estuve en el telégrafo. ¿Sabes que es bastante torpe el hijo de la Blasa, que es telegrafista? Trabajo me costó hacerme entender... ¡Pero veo que sigues asombrándote!

CARMIÑA (*Asombrada.*)—No, no...



JULIO. — También yo piensoirme muy pronto.

CARMIÑA. — ¡Ah! (*Queriendo disimular su tristeza y su extrañeza.*) Haces bien, muy bien... Yo misma te lo hubiera aconsejado... Quisiera dormirme y despertar dentro de mucho tiempo... o no despertar. De pensar en lo que han de decirme los tíos, tiemblo toda. ¿Tú crees que Eloísa les habrá contado?

JULIO. — De seguro. La escena íntegra, con variaciones de su cosecha... El beso va a multiplicarse como los panes y los peces... Cuando la vi correr la hubiera cazado, para aclarar las cosas. ¡Qué importa! ¡Tú no sabes el favor que me ha hecho!... Sí, y a ti también.

CARMIÑA. — No te entiendo, Julio. Me hablas serio, pero algo ríe en tus ojos... No puedo creer que quieras reírte de mí...

JULIO (*Burlón.*) — Sigue, sigue...

CARMIÑA. — Te he dicho que quieroirme, ¿verdad? Pero, para que no vayas a figurarte que tu locura de esta tarde tiene la culpa, quiero que sepas que ya lo tenía decidido. Al día siguiente de tu viaje pensaba hablar con los padres... Vivir aquí hubiera sido para mí muy triste. No creas que por los tíos...

JULIO. — ¿Por quién entonces?

CARMIÑA. — ¿Y me lo preguntas?... Por tí... El jardín, porque fué en el jardín donde por primera vez me dijiste... la sala, porque un día en la sala..., la huerta, porque una tarde... En todas partes sentiría demasiado que ya no estabas tú, y... Quiero ir a casa de los padres; trabajar con ellos y cansarme mucho, mucho, para que cuando llegue la noche, me rinda el sueño... No creas que te echo nada en cara; sabes que siempre que quisiste prometerme algo, me enfadé... Pero ¿por qué sonríes?... ¿Por qué sonríes, Julio, cuando yo tengo tantas ganas de llorar?

JULIO. — En fin... Yo me he pro-

puesto no emocionarme... Carmiña, hay que tener valor... Por lo pronto, hay que ser obediente, como fuiste antes cuando te mandé que te acercaras para besarte... ¡Si no te acercas me tiro la gran plancha!... A ver, concretemos. Tú tienes que poner la mesa. ¿No es eso? La pones. Se puede hablar y trabajar al mismo tiempo.

CARMIÑA (*Desconcertada.*) — Sí, sí...

JULIO. — Como los tíos vendrán en seguida... los tíos, óyeme bien, tú pones la mesa, y yo aquí, vuelto de espaldas para que no te vea la cara y me obligues a reirme... o a enternecerme, hablo mientras tanto... y nada de interrupciones, ¿eh? En cuanto tú pares de trabajar, paro yo de hablar. Y a obedecer sin réplica; conqu...

CARMIÑA. — Pero...

JULIO. — ¿Protestas ya?

CARMIÑA. — No, no... Ya ves. (*Con un esfuerzo de mansedumbre, Carmiña empieza a poner la mesa, mientras Julio, sentado de espaldas, le habla.*)

JULIO. — Así... Bien... Una pregunta ante todo, Carmiña. ¿Sabes tú de algunos que se hayan casado sin ser novios?

CARM. (*Dejando caer un cubierto que ha empezado a poner.*) — ¡Julio!

JULIO (*Volviéndose hacia ella.*) — La mesa... A seguir poniendo la mesa, o me callo... ¡Ah! pon tres puestos más... Sin replicar, desobediente... Tres puestos más, si no quieres que yo me levante a ponerlos... ¿Los pones?

CARMIÑA. — Sí, sí... Pero, Julio...

JULIO. — Ni una interrupción. Si me cortas el discurso que traigo preparado, soy hombre al agua... Oye bien, Carmiña; verás: tengo ya treinta años, y voy airme a un país extranjero, de raza y de idioma muy distintos al nuestro... ¿Qué quieres tú? ¿Que me vaya solo, triste, sin un poco de familia y de patria? Pues no puedo, me siento débil, y este viaje, que antes proyecté solo, ahora me parece imposible. (*Julio se detiene un*



instante y al fin, con hondo convencimiento dice:) Tú vendrás conmigo, Carmita; tú serás mi mujer.

CARMITA (*Abandonando ya su taraca, inmutada.*)—Oh, no, Julio... Tú no hablas de veras; tú...

JULIO.—Muy en serio... Debes tener confianza en mí, como yo la tuve en ti, cuando...

CARMITA.—No, si no puede ser; si...

JULIO.—Cuando vinieron a susurrarme, con mala intención, que entre tú y Hermenegildo había existido... bueno; entonces, Carmita, yo preferí creer una sola palabra tuya... ¿Te acuerdas? Te lo pregunté en el jardín; tú abriste mucho los ojos y me contestaste "no", y por ese "no", seco, sin más razones, te creí... Yo te he dicho que serás mi mujer, y debes creerme.

CARMITA.—Si te creo... te creo; pero tengo miedo, Julio...

JULIO (*Levantándose y yendo hacia ella.*)—¿Tú ves? Yo no quería emocionarme; yo hubiera querido reservar las palabras para los tíos, y que entre nosotros bastara la mirada, la confianza. Me parecía que entre nosotros estaba todo comprendido. ¿Por qué no me has creído simplemente, Carmita?

CARMITA.—Ya te he dicho que sí, que te creo; pero...

JULIO.—No hay creencia con *pero*. He reflexionado mucho, antes de decidirme... Y para tranquilizar tus escrúpulos, te diré que hay tanto de cálculo como de sentimiento en lo que te propongo.

CARMITA.—¿Y si te equivocas? Si yo...

JULIO.—Te conozco mejor que tú misma; no hablemos de eso... Carmita, Carmita, toda mi independencia espiritual, conquistada día por día, hora por hora, contra tantos prejuicios y tantos arrebatos de juventud, iba a venir a tierra al primer encuentro serio con la vida? No, no...

CARMITA.—Si no es por ti; si es...

JULIO (*Sombrio.*)—Ahora, si tu corazón... Si aquel día, en el jardín, no me dijiste la verdad...

CARMITA.—Toda la verdad, Julio; oye...

JULIO.—¿Y entonces? Habla, háblame...

CARMITA.—¿Oh, Julio! ¿No ves que soy demasiado feliz y que no puedo hablar?

JULIO (*Otra vez sonriente.*)—Hablaré yo por los dos; no te apures... (*Con las manos cogidas y mirándose profundamente.*) Mira; nosotros, no tendremos, como sueña Eloísa, invitados a tomar el té ni a recepciones; viviremos nuestra vida, bien nuestra, y los amigos no tardarán en venir, porque nuestros amigos serán nuestros hijos... ¿Ves? Sólo el pensar en esta cosa tan dulce y tan grave que debe de ser tener un hijo, me conmueve, me... Vaya, como que yo hago contigo un matrimonio de conveniencia. ¿Sonríes? Cada cual busca lo que no tiene; no sólo los cazadores de dotes son interesados.

CARMITA.—Eres muy bueno... Bien te conocí la tía Eusebia.

JULIO.—¿Bueno? ¡Quí! No te fíes. Yo he hecho ya de las mías; estoy cansado y arrepentido...

CARMITA.—No te creo... No te hagas el malo.

JULIO.—Carmita, yo he sentido miedo de la mujer cuando te he conocido...

CARMITA.—¡Ahora sí que no quiero creerte!

JULIO.—¡Créeme!... Me daba vergüenza acercar toda mi vida, manchada en el camino, a tu vida, que me parece un rosal nuevo, cuyas primeras rosas no soy digno de deshojar con estos dedazos.

CARMITA.—¡Julio... Mi Julio!

JULIO.—Y ahora, a obedecer. Ya verás si tu Julio—que no es todavía tu novio, que yo sepa—es hombre práctico. A no temblar cuando vengán los tíos...



CARMIÑA.—Me pides mucho.

JULIO.—Verás cómo sé arreglar las cosas. Acaba de poner la mesa, anda... ¡Iba yo a dudar en apoderarme de la dicha viéndola tan cerca!... ¡Vamos!

CARMIÑA.—¿Y estás seguro de que soy tu felicidad?

JULIO.—¡Ya lo creo!... No se ha de ir siempre a la felicidad en tren, como cree el juez. También se llega en diligencia. (*Llegan doña Genoveva y don Ricardo por el fondo; y empiezan a hablar con tono severo.*)

GENOVEVA.—¿Todavía juntos? Ya nos dijo Eloísa...

DON RICARDO.—En el Casino se ha comentado desfavorablemente tu lu-  
sencia.

JULIO.—¡Ah!...

GENOVEVA. — Carmiña, en cuanto acabes de poner la mesa, sube a tu cuarto y espérame allí. (*A Julio.*) También tu tío tiene que hablar contigo, Julio.

JULIO. — Pues como yo tengo que hablar con los dos, y supongo que es del mismo asunto, no vale la pena de que hablemos por secciones. Carmiña, ¿quieres hacer el favor de ir por lo que falta para poner la mesa, y tardar un poco en traerlo? (*Carmiña sale por la segunda puerta de la izquierda.*)

DON RICARDO.—Y bien, ya que estamos solos... Di tú, Genoveva...

GENOVEVA. — Tu tío no encuentra bien que...

DON RICARDO.—No es que...

GENOVEVA.—Claro que estamos seguros de...

JULIO (*Divertido*).—En fin, veo que no son ustedes muy elocuentes para reñir a su pobre sobrino, y me alegro. Yo voy a facilitarles la tarea. Verán... Primero, para ser prácticos, expondré los hechos, que es lo que en esta vida tiene más valor; y después...

GENOVEVA.—Eloísa llegó al Casino escandalizada...

JULIO.—A los hechos, tía; dispén-

seme... Primer hecho, inapelable, indiscutible, etcétera. Yo me tengo que ir el jueves, ¿no es verdad? Pues el miércoles me casaré con Carmiña...

DON RICARDO.—¡Muchacho!

GENOVEVA.—¿Qué dices?

JULIO.—Segundo hecho: Me casaré, a pesar de no ser su parroquia, y mediante los arreglos, bulas o trámites eclesiásticos que hagan falta, no en la iglesia nueva, que parece de confitería, sino en la iglesia vieja, donde duermen los abuelos... (*A doña Genoveva, que hace ademán de interrumpirle.*) No me interrumpa, tía... Ustedes serán los padrinos de la boda.

DON RICARDO.—¿Y nada más?

GENOVEVA.—Pero tú no estás bueno.

DON RICARDO.—¡Qué locura!

JULIO.—Estos son los hechos escuetos. Y ustedes saben que mi padre, no habiendo podido oponerse a mis locuras anteriores, me ha dejado ya de la mano. Soy mayor de edad, rico, etcétera, etcétera.

DON RICARDO.—No es posible oírte con calma...

GENOVEVA. — Tú que puedes aspirar a...

JULIO. — Ahórrense los sermones... Ya dije los hechos; y ahora van las aclaraciones... Yo, tío, soy de esos ciegos raros que se guían mejor solos que con lazarillo... Desde que me han dejado de la mano, soy hombre cuerdo... Me parece que el primer puesto en unas oposiciones donde ni mi madre sabía que me iba a presentar...

GENOVEVA. — Palabras, Julio... Fíjate si nosotros queremos a Carmiña; pero nunca podrás convencernos... Sé razonable... Esa locura que tu estancia aquí, y unos cuantos libros subidos a la cabeza, le han dado, se le pasará; y a ti se te pasará también el arrechucho... Estamos seguros de que tú has respetado a Carmiña, y, por lo tanto... No es tu clase; parece mentira que no comprendas...

JULIO.—¿Y usted me dice eso, tía?... ¿Qué tenía usted cuando se casó? Po-



co más o menos, lo que Carmiña... Mi padre llevó calzas hasta los cinco años, y el abuelo Bianor, que sabía más leyes que el Código, nunca supo poner su nombre a derechas... No renegemos de la casta, cuya fuerza viene de lo hondo, y no de finezas y aristocracias de ayer; no...

GENOVEVA.—Sí, sí... No saques de quicio la cuestión. Tú olvidas...

JULIO.—Es usted quien olvida, tía. Cuando el tronco es sano y ha resistido tantos vendavales sin troncharse, merece que se cuiden con amor los retoños... Carmiña es buena, por buena está aquí; Carmiña ha ganado mi corazón, no con trampas y coqueteos, como pretendía cazarlo la otra. Sólo el saber que todos los meses es ella quien cubre de flores las tumbas del atrio de la iglesia vieja, ya me basta para adorarla, para comprender lo que vale...

GENOVEVA (*Enternecida ya.*)—¡Oh, Julio!

JULIO.—Contra toda calumnia, yo les juro que Carmiña nada ha hecho que usted o que mi madre no hubieran hecho, tía.

GENOVEVA.—No me tienes que decir... Por mí... Bien sabes el camino para convencerme, truhán.

JULIO.—El camino real, que es el mejor... (*A don Ricardo.*) Y ahora a usted: por cariño a la tía, por consideración a mis padres, que al fin y al cabo... ¿Pondrá usted mala cara a un matrimonio del que sólo yendo contra los suyos puede estar descontento?

DON RICARDO.—Veamos, veamos... ¿Aprobarán tus padres?

JULIO.—Ya le he dicho que no se trata de aprobar. Además, aprobarán, ¡claro!... Ya les he puesto un telegrama.

GENOV.—Preparándolos, supongo.

JULIO.—Sí, preparándolos, a mi manera... "Me caso el miércoles con Carmiña. Llegaremos jueves." Preparándolos, ya ve usted. (*Entra Carmiña por la segunda puerta de la iz-*

*quierda; trae una bandeja con cubiertos y pan.*)

CARMIÑA.—¿Se puede?

GENOVEVA.—Ven a abrazarme, mujer... Así... Abraza a tu tío...

JULIO.—¿Lo ves? (*Abrazos, Ruido de pasos por la puerta del fondo.*)

DON RICARDO.—¿Quién es?

JULIO.—Fijese usted en los puéstos que hay en la mesa. Como usted me dijo el día que llegué que estaba en mi casa, lo he tomado al pie de la letra... y hoy tenemos gente a cenar...

GENOVEVA.—¡Qué muchacho!

JULIO.—Deben de ser mis invitados. (*La tía Benita y el tío Lorenzo.*)

BENITA.—Venimos locos... Díjonos la vecina que Julio había ido a buscartos, y al salir nos topamos con el telegrafista, que nos ha dicho...

CARMIÑA (*Echándose al cuello de su madre.*)—¡Mamá!... ¡Bésame mucho, mamá!

JULIO.—Vaya por el telegrafista. Menudo discurso me ha ahorrado...

LORENZO.—Pero... nosotros, la verdad, queríamos saber...

JULIO.—Es cierto... Si ustedes no se oponen. (*Señalando a la tía Genoveva y a don Ricardo, que ya han asumido todo el mérito de la boda.*) Aquí tienen ustedes a los padrinos.

GENOVEVA.—Un abrazo, Lorenzo...

JULIO.—Sentémonos. Hoy cenar ustedes aquí.

LORENZO.—Ven acá, rapaza... (*Abraza largamente a Carmiña.*)

DON RICARDO.—Ea, hablaremos cenando. Ya saben que si se me pasa la hora, no ceno.

GENOVEVA.—Sentarse, sentarse... (*Se sientan con bullicio. Entra la tía Eusebia.*)

EUSEBIA.—¿Tornéme pronto?... (*Adivinando lo ocurrido al ver a los padres de Carmiña.*) ¡San Antonito de la Puebla me hizo el milagro! (*Señalando a la puerta de la derecha.*) Aquí está también el otro rapaz...

CARMIÑA.—Venga acá, tía...

DON RICARDO.—¿Quién?



EUSEBIA.—El otro rapaz... Hermenegildo. (Momento de estupor, de temor. Dirigiéndose a Julio.) ¡Quiere faltarle, que es de tu sangre e dixo que eres el sólo home que pode casar con Carmiña, sin que le faga nada... Lloró como un neno... Quiere faltarle, ahí te está!

JULIO.—Que entre...

DON RICARDO.—Espera. No es prudente que...

JULIO.—Quiá, tío... (Llamando por la puerta del fondo.) ¡Hermenegildo!... ¡Hermenegildo!

EUSEBIA (Besando a Carmiña.) — ¡Rapaza, la nuestra rapaza! (Entra HERMENEGILDO. Es uno de esos mosos hoscos, que sólo pueden tener una idea en la cabeza. Antes tenía la de que nadie se acercaría a Carmiña; ahora, perdida ésta, tiene la de marcharse a América.)

JULIO.—Ven acá; un abrazo.

HERMEN.—¡Que sea para bien!

JULIO.—Ven a abrazarlo, Carmiña.

HERMENEGILDO (Después de abrazar tímidamente a Carmiña.)—Si non fuera a ser el hermano, fuera yo otra vez a presidio... Agora puedo dexar el pueblo... Embarcar.

EUSEBIA.—Que cene aquí e sea también de la festa.

GENOV.—Sí... ¿verdad, Ricardo?

DON RICARDO.—Bueno.

JULIO.—Claro... Siéntate... Carmiña, ve a traer la sopa, para que la sirvas como el día que te conocí. (Sale Carmiña.) Y usted, tía Eusebia, que es la más vieja, corte el pan y sirvanos el vino. (La tía Eusebia distribuye el pan y echa vino en los vasos.)

HERMENEGILDO. — Yo quisiera embarcar para América...

JULIO.—¿Qué prisa tienes?

HERMEN.—Sí, tengo... Van reir de mí en el pueblo... Como yo dixe... Tía Eusebia, deme un poco de vino...

EUSEBIA. — Ten, home... (Entra Carmiña, trayendo la sopera. Mien-

tras los otros hablan, Hermenegildo bebe; luego, sin dejar el vaso se limpia con la manga de la chaqueta los labios manchados de vino, y subiendo un poco más el brazo, se enjuga una lágrima. La tía Eusebia le dice a Julio:) Fígete una empanada que has de chuparte los dedos... El mi Bianor enfermaba cada vez... Es la última que fago...

HERMEN.—¡Van reir de mí en el pueblo... ¡Ay, si rien!... Mataré outro home!... Por eso quiero embarcar.

JULIO.—¡Vamos!

GENOVEVA. — Siéntate. (Se sientan todos.)

DON RICARDO. —¿Llamaron? Será Robledo.

HERMENEGILDO. —Abierto quedó... (Aparecen en la puerta del fondo Robledo y Eloísa.)

JULIO (A Hermenegildo.) — Ponte aquí, de pie... Así se irá en seguida.

DON RICARDO (Levantándose y yendo hacia ellos.) Entren; entre usted, Robledo.

HERMENEGILDO (Sarcástico.)—Venga acá, señor juez... (El Juez, al ver a Hermenegildo, sale con precipitación cómica. Eloísa, desde la puerta, dice irónicamente.)

ELOÍSA.—No; gracias... Nos vamos. Ya vemos que están ustedes en familia. (Sale.)

JULIO.—Estamos en familia; tiene razón. ¿No está usted contenta, tía Genoveva? Ahora estamos todos. Es el mismo comedor, la misma mesa que el día que llegué, y me parece otra... ¡Ea, bebamos ahora; nada de brindis! ¡Bebamos sin palabras, pero pensando todos en lo mismo! (Todos están sentados. Julio de pie, con un brazo tendido sobre Carmiña, alza su vaso y los demás le imitan. El humo patriarcal de la sopera se extiende sobre la familia. El telón comienza a caer lentamente antes de las últimas palabras de Julio.)

Alberto Insúa y A. Hernández Catá.



**Aceites y gragas**  
-:- lubricantes -:-

*Insuperable*

*para*  
*el engrase*  
*de*  
*los autos*



**OLEO-MOTOR**

*Correas*  
*de*  
*transmisión*  
*y algodones*  
*para*  
*máquinas*

**SUCESORES DE E. STEINFELD**  
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID

**SUMMIT**

Tónico  
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedir prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositorios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

**SUMMIT**

Tónico  
nervioso



**ALMORRANAS**

internas ó externas, grietas, etc., etc.  
recientes ó crónicas. Absolutamente  
segura la curación con = **POMADA ANEMA = SMITH =**  
Último adelanto de la ciencia médica // Millares de curaciones!!  
Basta un solo tubo. No lo dude usted. Cinco Pesetas caja  
Pida muestras gratis para convencimiento resultado.  
MADRID, Gayoso = BARCELONA, Segalá = ZARAGOZA, Jordán =  
VALENCIA, Cuesta = MURCIA, Seiquer y principales farmacias.  
Remítase mandando cinco Pesetas al Representante Pousarxer,  
Marques Duero, 84-Apartado, 481 Barcelona

**MONTANO**

Pianos de esta acreditada  
marca y de las más reputa-  
das del extranjero. Los mejores aparatos para to-  
carse piano. Última creación en Autopianos y eléc-  
tricos. Armoniums y rollos extranjeros de música  
de 65, 78 y 88 notas. Primer servicio para  
el traslado de pianos. Salón de Conciertos.

**San Bernardino, 3**  
**MADRID.**

Fume V. papel

**La Lidia**



# PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS  
de las mejores marcas, al contado y  
a plazos. Unica casa en PIANOS de  
verdadera ocasión, garantizados, des-  
de 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.

**CASA ALONSO**

Fundada en 1865

22, Valverde. 22

—TELÉFONO 5.40

## ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en  
el «kiosco Colón», Plaza de Ca-  
la: taluña, frente al Paseo de :-:  
Oracla

La dirección de este periódico  
advierde a los colaboradores es-  
pontáneos que no se devuelven los  
originales ni se mantiene corres-  
pondencia acerca de ellos.

## “ Z E A ”

### PURGANTE

eficaz, agradable, inofensi-  
vo. El mejor para los niños

25 céntimos



### SELLO

cura rápidamente dolores de  
cabeza, muelas, oídos, etc.  
corrige y evita los dolores  
del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.  
Especialidades “ZEA” Fontuny, 13, Barcelona.

## ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada  
ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas,  
curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras  
de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueo-  
logía, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma,  
una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

— Precio del número: 25 céntimos. —